

NECROLOGÍA



D. Agustín Irigozen

Todos los años dedica «RENTERIA» un cariñoso recuerdo a nuestros amigos fallecidos durante el lapso que media entre la aparición periódica de nuestra revista.

Al incluir en esta sección a D. Leoncio Lecuona y a D. Agustín Irigozen, fallecido el primero el 26 de Noviembre de 1930, y el segundo el 11 de Abril de 1931, renovamos el buen recuerdo que de ellos tenía toda la población como excelentes convecinos que en sus actividades comerciales, así como en su trato particular supieron granjearse simpatías y amistades bien merecidas.

Ambos eran concejales en la fecha de su defunción, muy sentida por todo el vecindario, y al renovar su recuerdo hoy, nos atrevemos a pedir a nuestros favorecedores una plegaria por su eterno descanso, enviando a sus apreciables familias el testimonio de condolencia de los editores de esta publicación.



D. Leoncio Lecuona

RECUERDO

La buena amistad dura
más allá de esta vida...
X

La multiplicidad y rapidez de las comunicaciones ha hecho desaparecer muchas de aquellas tertulias clásicas que a falta de otros centros de reunión existían en Rentería. Está muy próxima la gran urbe donostiarra, que absorbe con sus diversas atracciones a muchos de los habitantes que no encuentran el ambiente apropiado a sus horas de solaz en la paz de nuestra villa industrial y democrática por excelencia.

Pero a pesar de esto, aún quedan algunas tertulias en el pueblo, y una de las más destacadas por el sitio céntrico que ocupa, era la de Garmendia. Quien no conoció a Rafael! Navarro de nacimiento y renteriano de corazón, acogedor y alegre, siempre tenía para todos el gesto riente de sus ojos claros, y la palabra agradable que salía siempre de su boca con la misma naturalidad y sencillez con que narraba algún suceso o nos endilgaba una historieta graciosa.

Quiero recordar que fué por unas Magdalenas cuando le conocí y desde entonces fuimos buenos amigos. Ya sabe V, me dijo en tono chancero: «aquí, en esta tienda irá V. conociendo a algunos amigos, pues nos reunimos todos los días de seis a nueve de la noche y a esta hora precisamente me doy el gustazo también todos los días de echarles a Vds. a la calle.»

Era por Magdalenas... ya sabíamos por los programas-anuncios de mano los festejos: toro de fuego, luminarias de artificio, músicas, iluminaciones, etc. Se notaba esa peculiar alegría que reina siempre en los pueblos durante las fiestas de sus Santos Patronos; pero no era bastante, Rafael había de explicarnos con todo lujo de detalles las costumbres renterianas. El año tal... se hicieron unos festejos magníficos... La Banda municipal toca admirablemente; en tal época ganó un primer premio... Verá V, veré V que animación. En estos días despierta Rentería... y con el calor y el fuego de un renteriano de corazón iba ganando nuestro ánimo para compenetrarnos con las costumbres del pueblo que tanto quería.

Pasaban las Magdalenas. En la tienda de Rafael empezaba la afluencia de marchantes veraniegos que venían en busca de los géneros de hilo que han acre-

ditado las fábricas de Rentería por toda España y América. No había tertulia durante los meses de estío. Todo el tiempo era poco para atender a los parroquianos. El orden de la tienda en cuyas estanterías estaban colocadas infinidad de cajitas blancas, se convertía en magnífico desorden, y allí sobre el mostrador reluciente donde nunca faltaba el búcaro de flores frescas, se amontonaban los juegos de fina holandá y las mantelerías bordadas que iban acariciando las manos femeninas de las damas de alta alcurnia. Rafael atendía a todos, se multiplicaba, irradiaba simpatía y para todos tenía el gesto riente de sus ojos claros.

Después del tiempo veraniego volvían las aguas a su cauce. Quiero decir que volvía la paz y el orden a la tienda. Solía aprovechar este ganado descanso Rafael, para ir a hacer su cura de aguas, y era allá por Octubre, el mes que empieza coronado de sol y acaba coronado de nieblas, cuando la tertulia volvía a tomar la peculiar animación que culminaba en los días grises del invierno.

En cuanto sonaban las seis de la tarde íbamos llegando uno a uno los amigos de Rafael, y quien de nosotros podrá olvidar aquellas horas amenas que nos proporcionaba su compañía? A pesar de las incomodidades que le proporcionaba su reuma, su humor era siempre igual, y jamás se le notó el mal talante que engendran las dolencias, antes al contrario, alegre siempre y dicharachero, comunicaba a todos su peculiar alegría e iba prendiendo de unas almas en otras la jovial simpatía de la risa. Multitud de anécdotas podríamos citar que revivirían muchos, muchísimos recuerdos de la villa renteriana. No queremos pecar de pesados. Ha sido sólo nuestro ánimo avivar en vosotros solamente el recuerdo de él, del buen amigo, del renteriano de corazón que amó a esta villa con toda su alma.

Y a vosotros sus amigos de la tertulia que sé de seguro que no le podeis olvidar ni un solo día, en éstos de Magdalenas, quiero pedirlos para Rafael además del recuerdo, el Padre Nuestro efusivo que recibirá de seguro con aquél agradecimiento que hará fijar en vuestra mente el gesto riente de sus ojos claros.

LAGUNA.